Todos retrocedieron ante aquel cuadro de horror.

—Yo no me atrevería á matar á ese joven, dijo uno de los cabecillas; allí está su padre que ya está juzgado de Dios.

Ni yo me atrevería, dijo otro.
Al fin es hijo de un insurgente.

-Vámonos.

—Vámonos, exclamó la multitud qua cede á las órdenes del primero que habla, y se alejó el tumulto á seguir en los desórdenes del motin.

Jacinto condujo los restos de su padre al cementerio del pueblo, volvió á la casa de Pablo, montó en su caballo, y se dirigió á Tixtla, donde se estaban reuniendo los dispersos de Chichihualco.

Presentóse á las autoridades, que lo recibieron cordialmente dándole el mando de una compañía, y encomendándole uno de los puntos de la plaza más peligrosos.

El comandante esperaba ser atacado por Morelos y se preparaba á recibirlo, acumulando cuantos elementos de defensa pudo proporcionarse.

Cuando el desgraciado huérfano se encontró solo en el reducto, sacó los papeles que constituían la herencia de su padre; los desdobló con cuidado, procurando unir los fragmentos rotos por las balas; limpió la sangre, que había hecho desaparecer algunos renglones, y comenzó a leer con avidez las páginas del manuscrito.

# LA PRIMERA GENERACION

I.

Estamos en el campo y son las doce de la noche.

El lector no debe amedrentarse; porque la noche es apacible. No hay negros nubarrones en el horizonte, ni el viento ruje en el fondo de las barrancas, ni el relámpago fulgura iluminando el contorno de los cipreses, ni voces misteriosas cruzan por el espacio solitario dilatándose como un gemido.

No, la noche coronada de estrellas sonríe desde la altura, es la hora del silencio solo para los hombres; porque del seno del ramaje se escapa el eco armonioso con que saluda á su querida el nocturno trovador de las selvas; el cielo es trasparente; en la llanura se mece el girasol con el oleaje de la brisa.

Allá, á lo lejos, sobre el costado del monte, se ven unas cuantas lucesillas; es el pueblo; mas acá, los peñascos y los matorrales, después las siembras; hasta donde alcanza la vista.

Un hombre en pie, teniendo su caballo por la brida, permanece, como una estátua, en la estremidad de la vereda que conduce al pueblo. No da señales de impaciencia; pero su vista se clava con tesón en una de las casas mas cercanas.

Allí brilla una luz, después se apaga; después el hombre da un suspiro, y pudiera oirse el rumor lejano de una voz pura que se aproxima cantando.

Al oir ese canto, donde el gorgeo que remeda los sollozos, se mezcla con dilatadas notas que se estinguen gradualmente con la dulce lentitud de una cuerda, dejando en el alma la impresión de esos días de la juventud, que huyen para siempre, no pudiera dudarse que la voz reproducía los que la soledad, el amor y un presentimiento de su destino, inspiraba acaso á los antiguos bardos de la América.

Pasados diez minutos la misma voz hermosa pronunció ya más cerca estas palabras:

-: Don Pedro!

—¡Xochitl! dijo casi al mismo tiempo el hombre del caballo, tendiendo la mano á una joven india que acababa de aparecer á su lado... Xochitl, ha llegado la hora, adiós!

La joven inclinó la frente, llevó su mano al corazón y ahogó un sollozo.

—¡Oh! dijo el caballero, ¿dudas de mi palabra? ¿dudas de mi juramento?...

—Yo no vierto lágrimas por el esposo, dijo la joven sin levantar el rostro; ¿qué valen esas ceremonias que vosotros mismos miráis con

desprecio?... ¿qué lazo hay demasiado fuerte, que en un día de causancio no rompierais con vuestra espada? Yo temo solo que vuestro amor...

—¡Xochitl! ¡por Santiago!... por nuestro amor... por nuestro... no me hables de ese modo, mira que me haces una ofensa.

—¡Perdona! pero yo no tengo la culpa; yo no tengo la que llamáis supersticiones; pero me estremezco sin querer cuando el ave de las tinieblas revolotea silbando por el techo de mi cabaña.

—¡Pese á tal; no quiero verte triste, venga un abrazo y echa todas esas cosas á paseo, exclamó don Pedro atrayendo á la joven, que casi sonreía con estas últimas palabras.

-; Adiós! dentro de dos meses me tienes á tu lado, adiós!

Iba á partir el caballero, pero Xochitl lo atrajo por una punta de su capa, y él volvió sobre su pasos. La joven tiró más todavía...

Sonó un beso, y poco después Xochitl se retiraba solitaria por un sendero del monte.

# II.

Don Pedro de Montellano era español y noble; muy joven había conocido á una mujer querida de su padre. Sin saberlo, enamoróse de ella, con una pasión verdaderamente dramática; fué correspondido, y corrió lleno de entusiasmo á rogar al autor de sus días que arreglase el casamiento.

Le cuenta una larga historia de miradas, de billetes y de citas; no sé qué de un viejo celoso; de misterios, de serenatas, de suspiros, primero despreciados, después oidos con lágrimas; y concluye diciendo claro, redondo y retumbante, el nombre y la habitación de ese ángel que lo tiene loco.

Revelóse de improviso al anciano el misterio de sus celos y el engaño de que era víctima; y sin poderse contener levantó la mano y la dejó caer sobre el rostro de su hijo.

La sangre y las tinieblas envolvieron la cabeza del mancebo; tuvo un frenesí repentino; echó mano de la espada y acuchilló á su padre... ¡horrible sacrilegiol...

Don Pedro, denunciado por un lacayo, es conducido á la prisión, desde cuyo fondo puede oir la bulla que meten los martillos en las tablas de un cadalso.

Esto pasaba en 1527.

El cristiano rey don Cárlos se había propuesto hacer un escarmiento: pero una mujer aparece en las altas horas de la noche á don Pedro, y lo saca con la misma facilidad que los carceleros.

Era Blanca, la causa de sus desdichas.

Los dos se dirijen á Italia; Blanca se prostituye públicamente para sustentarlo; un día es arrebatada por la peste que desolaba aquel reino, y don Pedro, necesitado y temiendo ser conocido por los suyos, sale y se afilía en los regimientos de Runzo.

Cae prisionero de los españoles en el asalto que da á Roma el condestable de Borbon, y no va á remar en las naves de su majestad, gracias á un alférez que le propone la libertad á trueque de engancharse en una expedición para la América.

Don Pedro, hastiado de la vida, se distinguió en los combates, y como todos ignoraban su historia, y se hacía notar por sus modales y relativamente por sus conocimientos, no tardó en ser honrado con el nombramiento de capitán; y como todos los primeros soldados españoles, fué el dueño de cuantiosos marcos de plata, de bosques, de llanos, de ganados y de indios.

Xochitl, hija de Tizoc, había nacido en un pueblo de la Sierra, cuando su familia fugitiva marchaba en busca de la libertad, con tantas como las turbas españolas empujaban á los desiertos, delante de sus

corceles ensangrentados.

Tizoc era muy rico.

Antes de entregarse á esos trabajos que debían llevarlo á una muerte trágica, había comprado hogar, libertad y sosiego para su hija; la rodeó de amigos dispuestos á ser los guardianes invisibles de aquella niña, que era el encanto de su vida, y marchó tranquilo donde las tribus desterradas lo esperaban como jefe para marchar á la pelea.

Xochitl vivía en un pueblo situado entre las florestas que descendián de los montes de la Sierra, probablemente en las cercanías de Cadereita.

Vivía con sus recuerdos, y lloraba á menudo en presencia de los males que afligían á sus desventurados hermanos; los protejía en silencio, y meditaba siempre en ciertas palabras misteriosas con que su padre moribundo le dió el encargo y le abrió los arcanos de una venganza.

Xochitl era de una hermosura magnífica: su boca, su nariz, sus ojos, todo su rostro tenía esa belleza increibile que vemos en los cuadros donde los artistas representan á los pastores de la Arcadia, ó á las almas cristianas arrobadas en la deleitosa contemplación de su morada futura.

Su cabellera negra, sutíl, ondulante; su mano pequeña, fresca, rosada cuajada de corales. Su pie precioso, cruzado por los cordones, rojos de sus zandalias, no se vé hoy sino en los templos en el pedestal de los arcángeles.

Xochitl tenía veintitres años, reunía la inteligencia al candor, y no era imposible en ella la unión de un valor varonil con la ternura y la sensibilidad de una niña.

### III.

Un día un pobre azteca iba á ser azotado.

Era un pobre labrador á quien el dueño de la tierra había dejado su caballo mientras se internaba en el bosque con el mosquete al hombro, en persecución de un ciervo.

Sonó el tiro; el caballo azorado se escapa, dejando el bosal en la mano del indio, que corre y vuela y se fatiga vanamente por alcanzar al animal que devora el espacio.

Vuelve ya el señor casi colérico, pues el ciervo lo ha burlado, se encuentra solo, dá ese grito célebre con que los españoles llamaban á sus servidores, y ni el eco le responde.

Vuelve á cebar el mosquete, y se encamina por el llano, después

de haber jurado por Santiago de Campostela, volar la tapa de los sesos á ese indio miserable que ha osado tomarse tan escandalosas liber-

El indio se acogió bajo la sombra de un pinar impenetrable; pero pocos días después fué hallado, y conducido ante el señor, condenado á tres mil azotes en la picota de la Hacienda.

La madre aparece en las puertas de la casa de Xochitl; le cuenta á la joven su desventura; y esta le envía inmediatamente á proponer que pagaría el caballo en dos veces el duplo de lo que costara.

El señor, que más necesitaba emociones que dinero, permaneció inflexible.

Xochitl tomó su manto, se hizo acompañar de un valiente joven Topiltzin, de que hablaremos después; y fué dispuesta á interponer sus ruegos, sus promesas, y en todo caso un golpe de mano, porque podía intentarlo sin serias consecuencias.

El señor quedó deslumbrado ante la belleza de Xochitl, y una sensación parecida al amor, y otra á la codicia, se agitaron en su alma como al primer ravo del sol las víboras adormecidas.

Habló con el lenguaje de un caballero, y revistió la dureza de su carácter con la sonrisa generosa de un buen amo, que solo ha tratado de intimidar con amenazas.

Xochitl pudo notar tambien un no sé qué inolvidable, en el rostro y el continente de aquel hombre.

Su ojos azules oscuros, tenían una mirada que la dominaban y le infundían sumo pavor; y no obstante su frente blanca y despejada. volvía la confianza; y sus labios finos sombreados por un bigote color de oro, sonreían con espresión benévola, dulce, casi amable.

Xochitl al levantar los ojos sobre los del caballero, notó como éste tenía sobre los de ella esa mirada peculiar que brilla y después se disimula; ese relámpago que sale y se esconde cuando se encuentran por casualidad dos seres que deben amarse.

El labrador quedó indultado.

Desde este día la imágen de don Pedro de Montellano inquietaba en el silencio del hogar el sueño de la niña; y la niña aparecía en el de don Pedro con alas de armiño, como dicen los poetas, y sacudiendo sobre el casco del aventurero los diamantes y los zafiros que bordaban su clámide.

Xochitl se avergonzó de su impresión, pensó en su padre, en sus hermanos en su raza vilipendiada, y en Huemotzin tan joven, tan bravo, que la idolatraba, y que moriría de dolor cuando muriera su

Pero don Pedro juró por toda la corte celestial hacer cuanto le fuera posible por poseer ese corazón nuevo, y esa mano que debía ser riquísima.

Rondó á pie y á caballo la casa, cantó como un ruiseñor, dió al viento suspiros y al césped lágrimas, y hubiera dado al traste con esta vieja táctita de los estudiantes, si frescas noticias sobre las garantías que la audiencia había vendido à la dama, no le impidieran escalar una pared ó fracturar una puerta.

No necesitó gracias á Dios tanto: Xochitl lo amó con toda su

alma, y se deslizó en silencio un año bajo la planta de esos amantes, que en sus citas, ignoradas como era preciso, gozaban al pie de un álamo, ó sentados sobre una roca, de esas conversaciones que son caricias, y de esas caricias que son un idioma entero.

La joven, con el acerado brazo del aventurero rodeado á su cintura, recorrió muchas veces los senderos solitarios del bosque, con-

tando á su amante sus sueños y sus esperanzas.

No habían notado que un hombre se deslizaba silencioso tras de sus pasos, que un oído recogía en las sombras hasta el golpe de sus corazones, y muchas veces, si hubieran bajado á la tierra esas miradas que se estraviaban en el azul del cielo, Xochitl se hubiera desmayado, y don Pedro hubiera puesto mano á la espada, al ver á sus pies, entre un hueco oscuro del follaje dos ojos relucientes, ansiosos, amenazadores, mirándolos con la fijeza de una serpiente.

Era Huemotzin, joven guerrero que idolatraba á Xochitl con la

dulce terquedad del primer cariño.

Habían crecido juntos; juntos habían peregrinado; juntos se habían inclinado sobre la misma linfa para apagar la sed, ó cortar las flores; y juntos sobre la tumba de Tizoc habían llorado la ruina de su patria.

Xochitl lo miraba como á un hermano, por más que comprendiera que Huematzin la amaba; tal vez ya sentía en su seno esa lástima que es el preludio del cariño, si la figura de don Pedro apareciendo entre los dos no hubiera arrebatado á Xochitl la gratitud, la

conmiseración, el deber y hasta los recuerdos.

Huemotzin se estremeció un día en su escondite, cuando escuchó estas palabras tan comunes en las novelas: "soy madre;,, iba á llevar la mano á su puñal, pero sus dedos se crisparon, arañó convulsivamente sus cuadriles, y quedó sin sentido.

A otro día don Pedro se alejaba con el pretesto de una comisión

á muchas leguas de distancia.

Xochitl, agena á la perfidia europea, se disponía á esperar al caballero, y sin importarle nada el escándalo que daba á sus compatriotas oprimidos, soñaba con las fiestas de la boda y la bendición del cura.

Cuando los peligros del aborrecimiento, ó del ridículo, vienen á

causa del amor, la mujer los afronta todos.

#### IV.

Pero pasó un año, y el prometido esposo no volvía.

Xochitl dió á luz un niño hermoso, un serafin que oía con la

sonrisa de la inocencia los sollozos de su madre engañada.

Esta palidecía visiblemente la ahogaban palpitaciones desconocidas, y su vigor antiguo desaparecía; dolores sordos pero continuos recorrían sus entrañas.

Una vez supo que las tierras de don Pedro habían pasado á un

nuevo dueño.

Corre á verlo, se informa, y sabe que su amante ha vendido todo lo que tiene, y próximo á contraer un enlace ventajoso con una senorita española, hermana de un oidor, se dispone á regresar á la península.

Xochitl no responde, se pone blanca como el mármol, clava una mirada atónita en el propietario, que á su vez la mira con estrañeza.

La cosa se prolonga así un cuarto de hora, hasta que Gavia, que así se llama el nuevo vecino, cree notar que aquello se prolonga con demasía, y exclama:

-;Bah! estamos divertidos. ¡Vive Cristo! ¡Pascual acompaña á esta mujer á su casa.

Un azteca, negro por el sol, se levanta del rincón de la pieza y le dice á Xochitl;

-Vámos.

—No me voy, respondió ella tan repentinamente y con tal ademán, que el amo desprevenido dió un salto, y el indio retrocedió mirándola de arriba abajo.

- Por vida del diablo! dijo Gavia reponiéndose, si no sale esta

loca, Pascualillo, te parto el cuero á mecatazos.

El indio se adelanta, pone una mano sobre la espalda de la mujer y la impulsa suavemente, diciéndole otra vez en su idioma; «vámos» pero ella se vuelve hácia Pascual, lo abraza y prorrumpe en dolorosos gemidos.

—¿Que hago yo, Dios mío? dijo después de algunos instantes mirando como si volviera de una sincope. Sí, vámos, añadió dirigiéndose á Pascual, cuya respiración se había hecho rápida como en las personas ya enternecidas, tú que me compadeces ven conmigo...

V.

Aquella misma noche se dirigió á la casa del cura, le contó sus desgracias y le pidió consuelo; pero aquel ministro del altar, que ocultaba debajo de sus hábitos el corazón de los españoles de su siglo, le dijo:

—Tú has tenido la culpa ¿cómo llegaste á creer que un noble señor como don Pedro de Montellano se enlazara contigo? Es cierto que dos ó tres indias se han casado con españoles, pero estos han sido villanos...

—¡Padre! exclamó Xochitl con las mejillas encendidas, tú eres villano, y don Pedro es villano, y tu señor y todos los tuyos son villanos ante la raza de mi padre.

Yo conozco vuestra horrible historia, y sé de donde habéis salido todos para derramar sobre nuestras cosechas vuestra hambrienta sanguinaria muchedumbre.

Son villanos, son impíos, son poseedores de lo ageno, son mendigos, y aun te figuras que honran el tálamo nupcial donde guerreros, nobles, poderosos y llenos de gloria más pura que la vuestra, hubieran tenido por dicha reclinar su sien cubierta de laureles.

Vé y denúnciame; soy noble, y he salido de esa raza que juró odio eterno á la tuya ante las plantas abrasadas de Guautimoc.

Denúnciame si quieres, soy amiga de la muerte, y no temo en la tierra el enojo de tus sacerdotes, ni en la eternidad la ira sombría de tu Huitzilopostli.

Xochitl llegó á su casa, despertó á su niño, y le habló como si este hubiera de comprenderle.

—¿Lo ves? hijo mío, ¿lo ves? no hay piedad para tu madre, no hay piedad para los vencidos; no hay sino condenación para los débiles, yergüenza para los traidores, maldición para los cobardes...

En aquellos momentos apareció Huematzin, y antes que pronunciara una palabra corrió Xochitl á sus brazos, y le dijo con lagrimas:

—¡Huematzin mira el castigo del ultraje que lloraste! si me has amado alguna vez, ayúdame á vengarme, y después yo curaré con mi sangre la herida que atravezó tu pecho.

El joven guerrero la besó en la frente, y pocos días después Xochitl con su hijo y Huematzin, encumbraban la Sierra guiados por el génio de la venganza.

VI.

Abreviemos.

Nuestros viajeros llegaron á México, supieron que don Pedro se hallaha en Texcoco, y llegaron á esa ciudad cuando la casa de Montellano se engalanaba en espera de los novios.

Xochitl había recibido con la herencia de su padre una esmeralda, que debía colgarse al cuello para ser reconocida por todos los jefes misteriosos pue elaboraban en silencio la grande obra.

Estaba segura de encontrarlos en todas partes, aun mezclados en

la servidumbre.

Las asociación secreta que hoy conocemos por masonería, existió

aquí desde aquellos tiempos.

Pero Xochitl no quiso hacer uso de la esmeralda; suspendió su odio por un momento, creyendo (así es el corazón) que si pudiera verla don Padro, que si pudiera presentarle á su hijo, recobraría tal vez si no el amor, la compasión de ese hombre que no le parecía perverso.

El desayuno debía ser al pie del Tezcuzingo, junto á los baños

de Nesahuatlcoyotl.

Multitud de convidados bullían bajo las enramadas de ciprés; los indios depositaban, sudando, tercios inmensos de flores al pie de los árboles, que debían revestir su tronco con las guirnaldas.

Todos esperaban.

Don Pedro no tardaba en llegar por el rumbo de Xochimilco.

Daban las seis de la mañana, y el agua jugando con los matices de la aurora, mezclaba al canto de las aves y al bullicio de la fiesta, ese rumor dulcísimo que habita por las soledades.

Xochitl se dirigió con su hijo al camino que debía traer Montellano, se colocó sobre una eminencia del terreno, y tendió su vista ansiosa interrogando á las nubesillas de polvo que el aire levantaba á lo lejos.

En sus ojos llorosos había esperanza y desconsuelo, vagaba la sombra del dolor y el reflejo de una cercana alegría; y sus diminutos labios rojos estaban entreabiertos con la sonrisa amarga del náufrago que mira los horizontes.

Entre tanto, un criado antiguo de Montellano la ha reconocido, y corre á escape hácia donde este se halla.

El capitán recibe la noticia como un rayo, y exclama en un acceso de cólera:

-¡Ira de Dios!... ¡Por qué no la has estrangulado?... ¡Imbécil!... Era que la novia doña Beatriz Cainos hubiera retirado la mano de la del aventurero al saber que este guar laba un hijo mal habido. y era perder mucho, porque dona Beatriz, aparte de un caudal inmenso, podía por sus influencias haber elevado á su marido al nivel de los títulos más nobles de España.

El criado respondió una cosa siniestra.

-Todavía es tiempo, señor.

### VII.

Entre tanto pasaba otra escena en la casa del oidor: la mano de la Providencia había conducido ante el magistrado á un hombre que le dijo:

-Yo conozco á ese don Pedro de Montellano; una mujer que me engañaba á mí y á su padre, lo arrebató de la horca el mismo día que debía ser ajusticiado por parricida; Blanca me hizo creer que era su hermano, me movió á compasión con sus lagrimas, me dejé atar y acepté la responsabilidad de la fuga.

Eran amantes; robaron el patrimonio de mi hijo, y huyeron á

Italia, dejándome en la desesperación.

Ese don Pedro de Montellano se llama don Miguel de Hellin, ha hecho desaparecer al alférez Ocampo, que lo sacó de las galeras, y á otros muchos que lo conocieron; lleva en el pecho, en la piel, estampado con tinta azul el sello de los criminales.

El oidor, en concierto con este hombre y algunas personas de la casa, fingió que le acometía un grave accidente, y pidió los santos óleos. En consecuencia, la boda queda suspendida; corre doña Beatriz al lado de su padre, este le explica todo, y queda concertada una nueva comedia.

Don Pedro debía ser detenido en la casa, para lo cual se preparó un bonito alojamiento.

Era preciso no ofenderlo si acaso era inocente, así es que se tomaron las precauciones necesarias para espiarlo cuando se desnudara; pero don Pedro apagó la luz y se desnudó en las tinieblas.

No hubo remedio, esperaron que se durmiese, y un criado azteca, notable por su ligereza é inspirado por el odio á todo lo español, se encargó con gusto de abrirle la camisa y ver la susodicha marca.

Todo salió bien; Montellano roncando á pierna suelta, soñando tal vez en su próxima fortuna, ni sintió la luz, ni después los pasos del oidor, del acusador, de doña Beatriz, y varias personas que se fueron colando sucesivamente.

Allí estaba la marca medio carcomida y como plegada por varias cicatrices.

### VIII.

Fué indecible la emoción de don Pedro, cuando al despertar, en vez del desayuno, encuentra sobre su mesa una llave y un papel con estas palabras:

«Señor D. Miguel de Hellín,

«Tomad esa llave é marcháos aina por la parte que está á un lado de vuestro lecho. Non conservéis memoria de mi palabra. Ruego al señor Dios os guie é non faga que esa mano que me regalabais, gire mañana Beatriz.» sobre la punta de una escarpia.

Cuando el veterano, colocado en la escalera con órden de aprehender á don Pedro, vió que este no salía, se decidió á penetrar en su habitación, y se dió al diablo cuando la vió desierta.

Doña Beatriz fué reprendida severamente por su hermano, y un

diluvio de alguaciles se lanzó en busca de don Pedro.

# IX.

Volvamos á Xochitl.

La pobre joven después de haber esperado mucho tiempo, vió pasar á Montellano con la velocidad del relámpago, seguido de varios ginetes azorados.

Supo después que la boda había sido interrumpida por la enfermedad repentina del oidor, y creyó que Dios no la había abandonado.

Se puso en marcha para México, y al otro día esperó con impa-

ciencia las sombras. No bien cayó la noche, se dirigió á la casa del oidor con el

ánimo de ver salir á don Pedro. Rondó por todos los costados; las horas de la noche avanzaban, las puertas todas se cerraron, y la calle quedó oscura y desierta; pero

Xochitl permaneció inmóvil, con la vista fija en los cristales. Iba ya a retirarse, cuando cree oir el rechinido de una puerta; vuelve el rostro hacia donde escucha el ruido, y parece distinguir una sombra que avanza, deteniéndose de cuando en cuando; ya per-

cibe sus pisadas.

Xochitl se siente sobrecogida, no se atreve á respirar; la sombra

sigue adelantando.

¿Sería acaso Huematzin? ¿pero no han convenido en suspender el golpe? no obstante, aquello se acerca con lentitud horrible, y la joven grita con trémula voz:

-: Huematzin!...

- ¿Quién eres?... respondió otra voz medrosa, cuyo timbre resonò en el alma de Xochitl.

-¡Don Pedro!...

-¡Silencio, ó soy muerto!...

Era efectivamente don Pedro que había permanecido oculto hasta esas horas en una caballeriza de la casa.

-;Oh don Pedro! aquí estoy, nada temas...

LOS INSURGENTES

61

-¡Silencio, por Cristo!... huyamos, llévame á donde nadie pueda encontrarme... pronto.

-No; nada temas, ven... ¿qué tienes? ¿qué pasa? ya alimentaré con mi cadáver las fauces de tus perseguidores... pero aguarda, tente, serénate... por Dios!

-Sí... sí... pero aprisa... huyamos...

# X.

Los dos llegaron á una casita que Xochitl había comprado en un arrabal que hoy forma una de nuestras calles más hermosas.

Don Pedro conoció á su hijo sin emoción, y Xochitl veló como un ángel sobre su agitado sueño.

Al otro día, al oscurecer, los tres tomaban el rumbo del Iztalzihnatl.

Poco después un hombre con la boca ensangrentada y una ancha herida sobre la frente, llamaba á la puerta de la casa.

Era Huematzin que venía de batirse con los asesinos que don Pedro había mandado sobre Xochitl.

Cuando una anciana á quien este dejó encargado su hijo mientras iba en busca de don Pedro, dió á Huematzin las señas del hombre que llegó esa noche, el joven guerrero sintió por segunda vez que los celos le enterraban en el corazón sus garras candentes.

No le costó mucho trabajo saber el rumbo que debía tomar, y se perdió en el llano jurando tomar un desquite horrible.

#### XI.

Después de cinco días de peregrinación por senderos extraviados, llegó Xochitl á una cabaña.

El dueño abrió sus puertas á los viageros con esa generosidad proverbial de los habitantes de México.

A media noche un hombre, después de aplicar el oido sobre las paredes de tule que guardan el sueño de los fugitivos, corta con su puñal los délibes troncos, penetra cautosamente, sale á poco rato con un niño en los brazos, y desaparece por las tenebrosas gargantas del monte...

#### XII.

Pasaron cuatro años.

Era el 2 de Marzo de 1548.

En la parroquia de San Sebastián daban las ocho de la noche. Una mujer pobre con dos niños de la mano se dirigía presurosamente por la solitaria calle de N\*\*\*; el aire, porque el aire ruje siempre tras del que lleva miedo, rujía haciendo tremolar como la flama de una vela el capote de los niños y las faldas de la señora.

Un farol de papel colocado en la esquina, delante de un cuadro de ánimas, daba sendas cabezadas contra la pared metiendo un ruido siniestro.

Cuando hubo llegado la mujer á la esquina donde el puente de San Sebastián desemboca en la plazuela del mismo nombre, se detuvo; los niños exhalaron una espiración ruidosa, y dejaron de afianzar la copa de sus sombreros.

Después de algunos instantes de silencio lanzaron una mirada á la

Estaba pavorosa, y hasta el eco de la campana se había recogido

en las tiniblas.

-Vamos, dijo la mujer apretando en cada mano una canilla de los niños; agárrense el capote, no volteén... la Santísima Vírgen de la Soledad nos acompañe!... el Señor sea con nosotros!...

Y los tres parten como una exhalación atravesando el espacio que

los separaba de la parroquia.

Llegaron á una puerta que se abrió á los primeros toquidos.

Allí vivía el sacristán.

-¿Qué hacías, mujer? dijo un hombre de montera que apareció delante de ellos resguardando con una mano la candela que sostenía

-¿Qué he de hacer, hijo? si no hay carne hasta el mercado de

Tlaltelolco...

-Bueno, entren, date prisa, porque don Fernando ha de estar

con una hambre del diablo.

Era este un soldado español, como de 45 años de edad, entrecano, bien hecho, de nariz perfecta, ojos vivos y expresión bondadosa. Hacía tres días que había llegado de Valladolid; servía en un cuartel de Alvarado á las órdenes del capitan Moncada.

Don Fernardo era un antiguo conocido del sacristán (que no describimos porque todos ellos se asemejan) y había venido aquella noche

con el objeto de abrazarle.

#### XIV.

A las nueve de la noche, el sacristán, los dos niños y don Fernando, sentados á una mesa de encina, cenaban con hambre de caminantes, oyendo la conversación de una mujer que desde el brasero donde humeaba la britanga y soplando los carbones decía:

-Sí, señor... tan cierto como María Santísima, que yo la he oído... jay! jy qué voz tan dolorosa!... ¿pero, quéreis decirme, añadía cesando de soplar, no le valen al alma de don Miguel Hellín tantas

misas como se han dicho por su descanso?...

-Yo creo, dijo el guerrero, que el alma de los condenados no descansa nunca, pero no creo que anden por este mundo.

- No creo?... respondió el sacristán, pues á fé mía que os quisiera ver una noche junto á la horca de don Miguel Hellín.

- Habéis estado allí?

-Sí, muchas veces á las nueve de la mañana...

-Pero de noche, á eso de las once, yo y Ursula hemos visto

desde aquella vidriera al fantasma, que va y viene como centinela y se reclina sobre el cadalso.

Yo no sé si será el alma del difunto, pero interrogad á todos los vecinos y, pese á mi abuela, si no os repiten todos lo mismo que os estamos diciendo.

# XIII.

-Puede ser... replicò el guerrero haciendo un gesto de incredulidad, é imprimiendo un movimiento circular á su plato vacío.

-Una vez, continuó después de una corta interrupción, veníamos de Otumba atravesando el monte yo y dos compañeros, con dirección á Ameca: la noche cerró sobre nosotros, con tal chusma de ráfagas y de sombras, que hubimos de renunciar á seguir adelante, pues no alcanzábamos a ver ni donde colocábamos las plantas.

- Qué hacemos? les dije.

-No hay más, replicó Céspedes, uno de los compañeros, sino

que aquí hacemos nuestra cama.

-Pero el agua viene, observó el otro, y si Céspedes se refresca y se esponja con el rocío, nosotros quedamos aporreados y dejamos al pueblo con las cuartanas.

-Decid, le respondimos, dónde tenéis alojamiento, que os metéis

en las consideraciones de una dama?

-Tenéis poco seso, replicó en su tono festivo; venís con Pedro Medellin, vuestro amado sargento, que os ha sacado de otros lances menos miserables que este, y aun dudáis de su genio. Ea, seguidme, que esta noche váis á dormir en un palacio.

Fiados en la conocida probidad de Medellin, nos afianzamos á su

brazo y nos metimos de plano entre los matorrales.

El relámpago brillaba de cuando en cuando, y gruesos goterones comenzaban á tronar sobre nuestros cascos...

Al llegar aquí el llamado don Fernando, apuró su vaso como es

costumbre en todos los narradores de historias de este género.

Ursula se sentó en la esquina del asiento demasiado basto que ocupaba uno de los niños. El sacristán se caló bien la montera, cruzó los brazos y dió á su fisonomía la expresión benévola de un oyente

-Pues señor... continuó Fernando: después de muchas vueltas y revueltas pudimos divisar una pequeña luz allá en el fondo de la cañada.

-: Por San Júdas! exclamó Medellin, acaso nos han ganado la partida.

-¿Qué ocurre? preguntamos.

-Mirad, nos dijo; aquello es el palacio, pero esa luz me indica que tenemos huéspedes.

-«Tanto mejor, dije, cenaremos con ellos.» (Porque el frío, como

sabéis, abre gana y yo la tenía espantosa.)

-Veámos, murmuró Céspedes, aunque no sea mas que por curiosidad.

- Por San Júdas! volvió á exclamar nuestro sargento, yo os daré

la posada que os tengo prevenida, aunque tenga que habérmelas con Xicotencal.

Volvimos á ponernos en marcha.

Conforme avanzábamos, la luz que antes era un punto, se convertía en una faja, después esta faja se interrumpiá formando varios fragmentos alargados; hasta que pudimos distinguir claramente que eran las ventanas de un edificio.

Aquello nos pareció muy estraño, pues no teníamos noticia de que existieran casas por esos sitios deshabitados. Pero Medellin nos dijo que allí había desde muchos años una especie de templo azteca ya casi derruido, que servía de refugio solo á las aves de la montaña.

Ahora, lo que nos llamaba la atención era verlo iluminado, y hasta llegamos á creer, que alguna gavilla errante de los indios in-

surreccionados estuviera vivaqueando en las ruinas.

Parámonos para ver si podíamos descubrir algo que nos sacara de la duda, y á pesar de las exigencias de Medellin, nos detuvimos

algunos instantes ocultos tras de los peñascos.

-¡Por las barbas de mi suegra! decía el sargento, que comenzáis á poner miedo con vuestras conjeturas. La tormenta se nos viene eneima, y menguados seriamos si cambiásemos aquel alcázar por estos malditos vericuetos.

En efecto, un manto más negro que la tinta, se columpiaba por la parte del Noroeste, y barría ya las cumbres que se alzaban sobre nuestras cabezas.

-Vamos, dijo Céspedes empeñado en recibir el chubasco, yo no bajo más, idos si queréis, aquí me quedo aunque las panteras...

No concluyó, porque un rumor como de muchas voces que hablaban á lo lejos, nos dejó suspensos.

- Quién va? gritó el sargento echando mano á su arcabuz.

Dos ó tres veces el eco remedó su voz, y todo volvió á quedar en silencio.

-Camaradas, nos dijo Céspedes, voy viendo que tenemos más miedo de lo que conviene á un soldado.

-Ciertamente, dijimos Medellin y yo; y procurando mirarnos

entre las tinieblas, soltamos los tres una carcajada.

-¡Adelante! gritamos como si se tratara de caer sobre los gentiles. Cada cual descendió como pudo, y nos colocamos sobre el sendero que á seis tiros de ballesta terminaba en el templo. Pero de repente las luces desaparecen, y un relámpago nos muestra los muros descoloridos y las ventanas antes iluminadas, negras como boca de lobo.

El edificio en aquel instante pareció, según la expresión de mis camaradas, una de esas calaveras que miran con sus ojos vacíos la

luna de los cementerios.

-; Adelante! gritó Medellin con más fuerza.

-¡Adelante! repetimos nosotros ya comprometidos, pero sintiendo que una pavorosa inquietud comenzaba á agitar nuestros corazones.

Seguimos marchando, yo, francamente, maldiciendo à ese caprichudo sargento, que á diez pasos delante de nosotros marchaba con la serenidad de un valiente.